

22/2018

13 de junio de 2018

*Federico Aznar Fernández-Montesinos*

Algunas reflexiones sobre la  
posverdad desde la perspectiva de  
la seguridad

## Algunas reflexiones sobre la posverdad desde la perspectiva de la seguridad

### Resumen

Términos como posverdad o más recientemente *fake news* son conceptos que viene a banalizar la falsedad e implican riesgos para la Seguridad Nacional en la medida en que puede afectar a la cohesión de las sociedades objetivo y pueden ser, además, manipulados por agentes externos. La existencia de redes sociales, la pérdida de referentes informativos y la debilidad del periodismo agravan sus efectos en un mundo posmoderno asentado sobre conceptos débiles. Luchar contra este fenómeno requiere una actuación ponderada toda vez que afecta al núcleo de valores de Occidente, a su acervo, en la medida en que este se fundamenta sobre el pensamiento crítico y la libertad de conciencia. Requiere por ello, además, de una legitimidad reforzada y de la sinergia de la Unión Europea.

### Palabras claves

Posverdad, *fake news*, redes sociales, algoritmos, periodismo, pensamiento crítico, libertades.

*Some reflections on the posverty from the perspective of Secutiry*

*Abstract*

*Terms such as postruth or more recently fake news are concepts that trivialize falsehoods and imply risks for National Security as they can affect the cohesion of the societies and can also be manipulated by external agents. The existence of social networks, the loss of informative references and the weakness of journalism aggravate their effects in a postmodern world based on weak concepts. Fighting against this phenomenon affects the core values of the West, its heritage, to the extent that it is based on critical thinking and freedom of conscience and requires a reinforced legitimacy and the synergy role of the European Union.*

*Keywords*

*Post truth, fake news, social networks, algorithms, journalism, critical thinking, freedoms.*

El siglo XXI ha propiciado un retorno al antropocentrismo basado en el relativismo, lo efímero, el escepticismo y lo alternativo, el culto al presente y el formalismo. La posmodernidad es un estado mental, una actitud; su formulación viene a coincidir con la idea de D. Bell sobre el crepúsculo de las ideologías, la reducción del espacio de diferencia política; las ideologías eran una atalaya para contemplar y explicar el mundo. Las sociedades son diversas y están muy fragmentadas lo que dificulta las acciones colectivas y promueve el conformismo. Las instituciones que hacen posible la existencia de una verdad compartida, la educación, los medios de comunicación social y el propio marco normativo se han debilitado.

Al final, la posmodernidad viene a ser, ante todo, un estado mental, una actitud de negación y hasta de rechazo de todo lo anterior en la que lo efímero se vuelve norma por la falta de principios últimos. Por eso se cita ese tiempo, para confirmar su muerte y definitiva superación. Estamos por ello en una época de confusión y conceptos débiles que, necesariamente, rechaza cualquier forma de sacralización. Es la «sociedad ligera» de Braudillard o «líquida» y marcada por la incertidumbre de Bauman. El hombre queda consignado como medida de todas las cosas, lo que deriva en el nihilismo.

En este contexto, todo es cambio. Como señala el aludido Zygmunt Bauman: «Hoy únicamente podemos albergar dos certezas: que hay pocas esperanzas de que los sufrimientos que nos produce la incertidumbre actual sean aliviados y que solo nos aguarda más incertidumbre».

Las viejas soluciones ya no sirven y las nuevas no terminan de adecuarse a los problemas a los que pretenden responder. La palabra futuro evoca, en estas circunstancias, algo cercano en el tiempo. Como apuntaba Baudrillard «es el fin de la linealidad. En esta perspectiva, el futuro ya no existe. Pero si ya no hay futuro, tampoco hay fin. Por lo tanto ni siquiera se trata del fin de la historia». La sensación es la de un permanente interregno.

El posmodernismo también es posheróico. La muerte, las ideas negativas, pesarasas y aun hasta el mismo esfuerzo desaparecen. Es este un tiempo líquido, sin certezas ni relatos. No reconoce nada valioso detrás del esfuerzo, se desecha a los héroes por innecesarios, o incluso por peligrosos (el ejemplo condena la inacción); los héroes, a lo mucho, son personajes genéricos o carcasas. Los restauradores y otras profesiones, incorporadas al mundo de la cultura, parecen haber ocupado su lugar en la divinización del hombre común, su apoteosis. Por eso, en pro de la horizontalidad, es preciso que

los héroes sean personajes de ficción y se sepa. En todo hay un punto de falsedad reconocida y exculpatoria que sirve a la igualdad. Por eso el término posverdad ha tenido tanta aceptación. Vivimos en una época secularizada y posmítica.

Internet es la base de la sociedad del conocimiento. Se consume mucha información pero falta análisis, comprensión. Hasta 2003 se había producido una cantidad equivalente a 5 exabytes de información cifra que ahora se genera cada dos días. La revista Science calculó que, hasta 2007, la cifra era 295 exabytes que se había incrementado en 2011 a 600 exabytes.

La tecnología en una sociedad de la información que acumula datos es un factor crítico. Esto causa importantes contradicciones. El mundo actual necesita entre diez y quince años para comprender una nueva tecnología y regularla, mientras estas son superadas después de transcurridos entre cinco y siete años.

### **El ecosistema de la información**

La comunicación es inherente a todo proceso público. Marca los tiempos y fija el calendario político. Hoy el ciclo de la información es de 24 horas, máximo 48. Y se genera una ansiedad que acorta indebidamente el tiempo de respuesta. Se antepone la emocionalidad de la opinión pública a la racionalidad o, incluso, a la resolución del problema.

Una mala gestión comunicativa provoca la prolongación de una crisis, puesto que esta conlleva una crisis informativa; si se falla en el control de esta crisis, se falla en el control de la crisis general. Y esa es la cuestión, porque la información se ha vuelto incontrolable. El problema ha dejado de ser tal para transformarse en un problema de opinión pública.

El patrón de comunicación ha cambiado. En 2016, ya un 62% de los adultos estadounidenses accedían a noticias a través de las redes sociales; y un 44% a través de Facebook. Las redes sociales son ahora el eje del «ecosistema de información» y una expresión de horizontalidad democrática. La extensión de la isogoría, a ámbitos inapropiados iguala ideas, hechos y creencias.

Los medios han perdido el monopolio de la distribución de la noticia. Y su canalización depende de factores no siempre ligados a su veracidad; sus fuentes son el entorno más próximo. El receptor se convierte en emisor, generándose una cadena de distribución que hace creíble la información. El argumento académico, las referencias y

los criterios de autoridad no tienen relevancia ante una opinión pública con escasa capacidad de discriminación, poco tiempo para documentarse, que busca emoción más que veracidad y a la que no le gusta ser contradicha sino por el contrario reforzar lo que ya piensa.

Los algoritmos son conjuntos de reglas para realizar operaciones; los utilizados en redes sociales no son neutrales ya que trabajan sobre la base de búsquedas y preferencias anteriores; el algoritmo selecciona información que cree que agrada y evita la que no. Además agrupan a quienes piensan igual.

El microtargeting es una técnica basada en algoritmos estadísticos que analiza, individualiza y agrupa a los usuarios según los deseos, creencias o expectativas manifestadas por estos, y ofrece de modo acorde bienes, objetos o servicios. Esto genera una clasificación homófila que agrupa a las personas que piensan igual. El microtargeting domina las comunicaciones; la aceptación de una información falsa asegura la llegada de otras nuevas que incrementarán la distorsión cognitiva. Como apuntaba Churchill, «nosotros definimos nuestros algoritmos; por tanto, ellos nos definen a nosotros».

De este modo, la combinación de la globalización y la democratización digital ha generado una suerte de tribalismo emocional, esto es, de grupos identitarios de libre adhesión que son dinamizados y generan a veces una suerte de derivas sumamente peligrosas. La realidad se configura así como un mosaico, un retorno al mundo del Alto Medioevo que se produce en la era de la globalización. Al mismo tiempo, sistemas operativos más simples acceden a gran cantidad de fuentes externas y, utilizando lógicas descriptivas, las reordenan, logran conclusiones y aprenden de ellas, de modo que cambian los procedimientos. Son el germen de la llamada Web 3.0, la web inteligente.

Así realimentan el pensamiento polarizándolo naturalmente hacia los extremos, generando filtro burbujas (la filter bubble, como la denomina Eli Pariser) que contribuyen aún más a la fragmentación de la sociedad, a su atomización, a reductos ideológicos y culturales, a los que se llega a llamar «cámaras de eco». El grupo se coordina cognitivamente, comparte y refuerza sus creencias sin discutirlos; fuera del grupo se siente miedo, lo que dificulta aún más poder modificar la opinión en un ambiente de perenne unanimidad.

Esto enlaza con los imaginarios en cuanto que herramientas de construcción, de «creación de realidades». Estamos a la postre ante un proceso social de afirmación de la identidad. Se trata de construir una identidad colectiva en la que los miembros del grupo se identifiquen, se sientan seguros y tengan un sentimiento de permanencia y estabilidad.

Así, y según un arcano instinto coalicional, se crean clústeres de individuos, auténticos enjambres sobre la base de informaciones acomodaticias que ratifican entre sí sus creencias mientras rechazan los datos no concurrentes con sus ideas; los datos reciben de este modo el mismo tratamiento que las opiniones, descartándose subjetivamente aquellos que no se comparten o disgustan sobre la base de esa sola razón.

Esta idea es concurrente con la idea de Žižek, que distingue entre globalización y universalización, de modo que en el nuevo orden mundial se encuentra un retorno al Medioevo: «El atisbo de verdad de esta comparación está en el hecho de que el nuevo orden mundial es, como el Medioevo, global pero no universal en la medida en que el nuevo *orden* planetario prende [sic] que cada parte ocupe el lugar que se le asigne». La globalización es, de este modo, opuesta a la universalización.

La verdad es también un espacio de moralidad y cada uno puede, teóricamente, tener la suya propia sin que tal cosa pueda o deba tener incidencia, siempre y cuando se dé cumplimiento al marco normativo vigente. En cualquier caso, la vocación integradora de toda sociedad exige la existencia de espacios comunes de verdad, lo cual trae como derivada que la fractura de la verdad provoque, a la postre, la fractura de la sociedad.

La combinación de globalización y democratización digital ha generado tribalismo emocional. Con ello se fragmenta la sociedad, atomizándola y dando pie a reductos ideológicos y culturales, a clústeres de individuos y «cámaras de eco». Estos grupos se coordinan cognitivamente, comparten y refuerzan sus creencias sin discutirlos; la unanimidad es así perenne. La fractura de la verdad provoca la fractura de la sociedad. Los medios de comunicación suponen un mecanismo de vigilancia social relativamente independiente. Su pluralidad y diversidad expresan calidad democrática. No obstante son débiles ante los patrocinadores y el poder político pues su actividad está orientada, a la postre, por el beneficio. Además con la competencia de las redes sociales y los diferentes distribuidores de contenido, han visto reducirse sus audiencias, y han debido digitalizarse también, colocándose mismo nivel que las redes. La competencia del

llamado «periodismo cívico» o «periodismo 3.0», centrado en *blogs* y *webs*, ha provocado su pérdida de calidad.

### La posverdad

En el posmaterialismo la realidad se diluye y depende de la voluntad. Como apuntaba Nietzsche «no existen hechos, solo interpretaciones». La importancia no está en el hecho sino en el consenso del grupo. La verdad es incómoda pues obliga a abandonar la zona de confort para considerarla. Por eso queda emocionalmente asociada a las «malas noticias». Pero sin esta no es posible el consenso y se fractura la comunidad.

En este contexto, la verdad pierde su definición aristotélica, que la sitúa como una correspondencia entre la realidad y el pensamiento, esto es, a un juicio que reflejará la objetividad de lo real. Como consecuencia, pasa así a convertirse en un término polisémico. La verdad epistemológica está contenida en juicios afirmados como realidades y que se corresponden con los hechos; la verdad científica es el máximo exponente de la lógica y es la máxima manifestación de la objetividad; la verdad de las ciencias fácticas es, en contraste, una certidumbre que se prolonga mientras no se demuestre otra cosa.

La verdad se convierte así en una referencia en un mundo que no las tiene, y obliga a quien la encuentra a abandonar la zona de confort para tomarla en consideración. Por eso se hace incómoda, cuestiona nuestras emociones, las reta. El conflicto surge cuando se reclama revisión de los principios. Cambiar demanda un esfuerzo y coraje para admitir el error, y el revisionismo desagrada, por eso la contradicción es silenciada.

No somos espíritus puros. Cualquier decisión surge de los sentimientos, de lo irracional. Como señala Buyng-Chul Han: «El sentimiento precede al pensamiento», porque cualquier decisión racional debe pasar por el tamiz emocional. Lo emocional acaba por primar en una suerte de actitud antivictoriana. La verdad no queda consignada al hecho sino a los sentimientos que suscita o a las adhesiones que provoca. El resultado implica una reformulación de la máxima cartesiana: «siento luego existo». Eso refuerza las actitudes descreídas.

Los hechos objetivos influyen menos en la opinión pública que los llamamientos a la emoción. El infantilismo de la opinión pública del que deriva su mutabilidad es fruto de la combinación de una ausencia de responsabilidad, ya sea individual o colectiva

—adolece de los defectos de todos los global commons, donde todos son responsables y nadie realmente lo es; esto permite cambiar radicalmente de parecer en muy poco tiempo, sin que nada pueda ser demandado al respecto—, de la falta de conocimiento de los asuntos públicos y de la primacía de la emoción. Como consecuencia, los datos reciben el mismo trato que las emociones, descartándose aquellos que generan desafecto.

La posverdad, como apuntaba Baudrillard, «No se trata ya de imitación ni de reiteración, incluso ni de parodia, sino de una suplantación de lo real por los signos de lo real». De ahí la dificultad de averiguar la exactitud de los hechos que tratan, derivada tanto de la falta de equilibrio en la presentación de la información como de la ausencia de credibilidad de las fuentes elegidas. Es por ello contingente, diversa, inestable, indeterminada, un conjunto de culturas desunidas o de interpretaciones que engendra un grado de escepticismo sobre la objetividad de la verdad, la historia y las normas.

Antes, los medios de comunicación hacían un cribado de la información que distribuían. La pluralidad de fuentes dotaba de mayor objetividad al sistema, corrigiendo eventuales disfunciones. Ahora, frecuentemente, hacen de árbitros entre informaciones y desinformaciones. En las redes, los datos reciben el mismo tratamiento que las emociones descartándose aquellos que generan desafecto.

Desinformar es distribuir información falsa dificultando que la correcta fluya. Es una medida agresiva, que se sirve de la duda y la conciencia moral, ejes de la estructuración de las sociedades occidentales, para atacarlas. Afecta a los cimientos de la democracia, pues condiciona las decisiones de los ciudadanos. El mensaje que subyace es «no creas a nadie», o aun «no creas en nada»; se trata de desestabilizar y desorientar.

La palabra «posverdad», banaliza este desenfoque para legitimarlo. Por eso debe evitarse. Se presenta como una lectura alternativa más de la realidad infraponderada ocultando así su malicia. Eso es lo que la diferencia de la alternatividad que encarna el pensamiento crítico con el que aspira a confundirse.

La posverdad se ha diseñado y construido para empatizar y superar la realidad. Es una idea emotiva que no refleja esta. Se busca falsearla, transformar la percepción con la manipulación de las emociones colectivas. La posverdad es un collage, un trampantojo, construida con pragmatismo a partir de la realidad.

Con las insinuaciones se actúa sobre la dimensión emocional. La gente no quiere pensar tanto como confirmar lo que ya piensa. Sirve para reafirmar la opinión del grupo; contribuye a asentar y solidificar ideas preestablecidas, prejuicios y clichés, provocando que se descarten los hechos. Recordando a Derrida: «la mentira no es algo que se oponga a la verdad sino que se sitúa en su finalidad».

El eje de Occidente es la duda; los efectos de la posverdad al sobrestimular esta, y con ello los códigos axiológicos sobre los que se construyen las sociedades, son sísmicos. Nos sitúa frente a las contradicciones que todo sistema social incorpora. Golpea las líneas de fractura de las sociedades para provocarlas primero, convulsionarlas después y desorientarlas finalmente. Con la posverdad se deconstruye la verdad inicialmente y la sociedad como último estadio. Como decía Orwell, «el poder está en la facultad de hacer pedazos los espíritus y volverlos a construir dándoles nuevas formas».

Lo importante es centrar o descentrar el debate. La posverdad no busca informar sino satisfacer la necesidad de emociones en beneficio propio. Primero se difunde una información impactante; pasa a las redes sociales; por su eco los medios la difunden por no quedar fuera del «trending informativo»; el desmentido no es viral por no ser informativamente tan atractivo y la noticia es retenida por un porcentaje de la población. Otro concepto son las llamadas fake news, bulos o noticias falsas, uno más de esos «espíritus que enturbian el agua para que parezca más profunda» que denunciaba Nietzsche. No se hace un esfuerzo sin beneficio. Para combatirlas es imperativo comprender sus razones e identificar la fuente. Como apuntaba Derrida: «Lo relevante en la mentira no es nunca su contenido, sino la finalidad del mentiroso».

La política de la posverdad, la pospolítica, modela la opinión pública actuando más sobre emociones y creencias personales. El relato convencional anclado antaño en una ideología que lo ligaba y explicaba todo, ha sido sustituido por unas narrativas fragmentadas dotadas de una lógica en blanco y negro para polarizar el espacio público y reafirmarse en temas que no son los pivotes efectivos de la política real. La política se ha ahuecado y hecho resonante.

Para pensadores como Žižek, la pospolítica supone dejar atrás las viejas luchas ideológicas para encubrir lo que ha pasado a ser la administración y gestión de expertos, esto es, la despolitización de la política. De este modo, el multiculturalismo normativo implica desplazar la atención de cuestiones estructurales —que, como la economía especialmente, quedan tecnificadas y convertidas en el estado objetivo de

las cosas— hacia cuestiones identitario-culturales, lo que necesariamente lleva a una sociedad despolitizada en tanto que solo interesada por el reconocimiento de las identidades marginales, fluidas y mutables (género, ecología, etnia, minorías culturales, sexualidad...) y por la tolerancia con la diferencia. Sin menospreciar estas cuestiones en las que reconoce que se han producido avances, su propuesta, como buen neomarxista, es repolitizar la economía.

La cuestión es que supone una importante degradación de la democracia representativa desde el momento que, como resultado de la diglosia, se hurtan a la ciudadanía no ya los fines políticos sino la propia agenda. Si pensadores como Chomsky o Derrida eran tradicionalmente definidos como «alternativos», ahora lo alternativo, extrañamente, se ubica en el poder. El poder ahora hace agitprop y también es «alternativo».

Quien tiene el poder tiene la verdad; y no es una cuestión menor pues la recíproca también es cierta. La lucha por el significado de un término es, en el fondo, una lucha por el poder. La política no ha sido nunca entendida como puro engaño, este era un medio. Es más, entre la verdad y la política se establece una relación dialéctica ya que esta no puede ser completamente sierva de la verdad puesto que aspira a cambiarla. La verdad es una herramienta más de la política.

### **Efectos en la Seguridad Nacional**

La guerra no es un concepto estático; sus límites son imprecisos; no los marca necesariamente la sangre. Supone violencia pues encarna un choque de poderes. Pero esa violencia no precisa materializarse en derramamiento de sangre como prueba la derrota de la URSS; el derrumbe del Estado a través del colapso de su sistema jurídico, que señalaba Arendt, no es pacífico por más que pueda no ser sangriento, de hecho eso es impredecible por la complejidad de las sociedades. La guerra no es una actividad necesariamente sangrienta pero sí necesariamente política. Además, como hecho social, se extiende hasta donde llega la sociedad. Sí alcanza a las redes sociales, hasta allí llega esta. Si no se atiende, se puede ser flanqueado.

La guerra híbrida implica la acción concertada y simultánea de componentes regulares e irregulares, una naturaleza compuesta en la que se asocian indiferenciada y coordinadamente lo convencional y lo no convencional generando efectos sinérgicos. La asimetría implica el enfrentamiento de diferentes modelos estratégicos,

desplazándose el conflicto a planos no militares, como la opinión pública o el económico. La posverdad encaja muy bien con estas lógicas de guerra. La información ha estado militarizada desde antes de Lenin. El derrotar al enemigo desde dentro es tan antiguo como la guerra. El propio Sun Tsu da un papel central a esta estrategia.

Las amenazas híbridas o asimétricas son inconcretas, su atribución es difícil. Además en los Estados aparecen instituciones y organismos no oficiales que actúan coordinados con las propuestas políticas de aquellos. No es preciso dar órdenes, tan sólo señalar el camino.

La posverdad plantea así un grave riesgo para la Seguridad Nacional al tensionar tanto a la sociedad como al aparato que la soporta. El ciudadano a través de las redes sociales ha quedado sobreexpuesto a la influencia de actores con intereses particulares que instrumentan las reglas y la conciencia moral de la sociedad.

### **Superar la posverdad**

Los problemas del siglo XXI son multidisciplinares y poliédricos. Sus soluciones no vienen de fuera sino de dentro y pasan por aumentar la resiliencia. La cuestión no es si la situación perdurará, sino si en ese tiempo cambiará la realidad. Lo importante es aguantar mientras.

Esta lucha debe ser expresión de la continuidad de los valores del Estado, una necesaria derivada de ellos sin interrupciones. Se debe luchar sin hacerlo, sin romper la armonía y centralidad del Estado, preservando su legitimidad. No es «lucha» sino «superación».

La aparente debilidad de la democracia enmascara una fuerza arrolladora: la voluntad concertada de millones de personas. El Estado de derecho va por detrás de los sucesos. Esa lentitud es el precio de un poder inmenso. Su respuesta es siempre tasada y lenta, parece ineficaz por residual y reactiva, pero es incontestable.

La democracia incorpora una voluntad inclusiva y de equilibrios que reduce las prohibiciones. Surge de la suspicacia hacia sus propias instituciones. Es el triunfo de la sociedad civil. Por eso el uso de la autoridad debe ser residual, su precio es la legitimidad. El poder es un tótem, es potencia no acto; se desgasta con el uso. En el paradigma libertad-seguridad prima el primer componente.

La utilidad de la censura en unas sociedades tan abiertas como las occidentales es limitada. Es poner puertas al campo costosamente. La crítica fundada es progreso, su fin implica estancamiento.

Igual amenaza se cierne sobre el resto de sociedades democráticas. Esta lucha, por razones de sinergia, debe abordarse conjuntamente, desde cuerpos normativos similares. Los aspectos de más gravamen deben contar con acervo común y una tutela judicial externa. Legislar en caliente es arriesgado. La cooperación, el intercambio de información y experiencias es crítica.

La clase política, ha perdido influencia y aceptación social. Con los medios de comunicación clásicos sucede lo mismo. Son dos pilares de la sociedad que urge fortalecer. Eso pasa por deshacer el escepticismo; para ello nada mejor que la transparencia.

Los mensajes cortos priman sobre los razonamientos profundos. Falta preparación y reflexión lo que además requiere tiempo. La respuesta es el humanismo, el reforzamiento de la ciudadanía. La educación junto al periodismo y la justicia son claves. La ciudadanía real se asienta sobre la educación; una sociedad de buenos ciudadanos, es una sociedad de ciudadanos educados. Esparta, nos recuerda Tucídides, no tenía murallas porque tenía a sus ciudadanos.

La educación refuerza la transversalidad, el núcleo duro, y evita la fragmentación, la disgregación, el debilitamiento. Robustece los valores, ayuda a recuperar la confianza. Es un anticuerpo natural. Para sacar al internauta de su burbuja hace falta una formación mediática crítica, dotarle de herramientas de verificación digital sistemática y de una alfabetización tecnológica.

La prensa contribuye al equilibrio del sistema democrático. Los medios son los principales interesados en luchar contra las noticias falsas. El periodismo como marca y fuente de información veraz y de calidad debe ser potenciado. Para ello el periodista ha de disponer de una profesionalidad que le distinga del «periodismo cívico» y convertirse en referencia social.

El periodismo, en tanto que parte del pensamiento crítico, no se debe regular. Los costos en términos de legitimidad son altos. Pero sí se debe de promover una suerte de código deontológico que favorezca un profesionalismo autoreglativo. Fortalecer el periodismo pasa por fortalecer financieramente a las empresas que lo llevan a cabo, y es fortalecer la marca, una marca ligada a la verdad.

Las redes sociales deben controlar, ser responsables de la veracidad de las informaciones que difunden. Además, y como con el periodismo, es conveniente la adhesión voluntaria de las empresas a códigos de buenas prácticas, especialmente en las ligadas a redes sociales. La Responsabilidad Social Corporativa es clave en este esquema. Mención aparte merecen las empresas de información residenciadas en terceros países o con conexiones con ellos, máxime cuando su calidad democrática es baja. Precisan de un estudio y una regulación a nivel europeo.

No hay tiempo para contrastar un ingente número de noticias. El *fast checking*, la comprobación rápida es imprescindible para agilizar la respuesta. Los desmentidos deben también viralizarse lo que requiere de contenidos ricos y adaptados. Como sostenía Derrida: «Hay que olvidar la lógica maniquea de verdad y mentira y centrarlos en la intencionalidad de quienes mienten».

El pensamiento crítico debe promoverse. La crítica es imprescindible para el progreso de las sociedades. Una sociedad precisa de referentes intelectuales. Pero también de críticos que cuestionen el modelo vigente y propongan nuevos sueños. Ese pensamiento crítico pertenece al acervo de Occidente; debe impedirse su incorporación a la posverdad.

### Conclusiones

La pérdida de horizontes y referencias que implica la posmodernidad se ha visto acentuada con la globalización. El surgimiento de redes sociales en el contexto de la crisis de la política y del periodismo ha posibilitado la aparición y circulación de noticias e informaciones que no se atienen completamente a la verdad, y en no pocas ocasiones de un modo intencionado. Se hace preciso no ya distinguir entre «conocimiento científico» y «conocimiento» según la estela de la propuesta de Karl Popper sino entre la verdad y aquello que no lo es.

Este fenómeno precisa ser superado, pues daña a la cohesión de la comunidad y promueve el desorden. Tal cosa ha de hacerse de un modo calmado y acorde a los valores propios, buscando la actuación concertada de la comunidad democrática internacional en tal empeño.

El patrón de la información ha cambiado. La opinión pública se forma al margen de criterios de calidad; resulta muy influenciable. El hombre moderno no piensa, se informa, a veces bien y otras no tanto. Internet traslada a la red las fracturas de la

sociedad y las acentúa. El papel de las narrativas, la capacidad de penetración de los imaginarios focalizada por las herramientas de comprensión social como el data mining, es capital en el esquema disruptivo.

Surgen conceptos como la posverdad o las fake news que suponen la banalización de la desinformación y, por tanto, contribuyen a su aceptación. Tales nombres deben ser rechazados, son sofismas.

También son una amenaza. Se sirven de las reglas y los valores de Occidente en su beneficio. Estresan a la sociedad, ensanchando y haciendo más visibles sus costuras. Sufren un estrés especial las líneas de juntura entre Estado y sociedad: las instituciones. Su procedencia y naturaleza resultan difíciles de identificar por más que se intuya.

La lucha contra los contenidos falsos puede arrastrar a las sociedades a la censura, suprimir el pensamiento crítico, menguándose libertades y derechos. No es la solución. Estamos en un ámbito cuya centralidad requiere de una ponderación extrema. Se deben promover actitudes deontológicas y colaborativas antes que restrictivas.

La respuesta debe venir tanto de los Estados como de la sociedad civil para alcanzar el mayor grado posible de adaptación e implicar al conjunto de las democracias occidentales. Se necesita educación, un periodismo fuerte y referencias críticas que impidan que perdamos las esencias. Estos son pilares insustituibles de nuestras sociedades cuyo reforzamiento es imperativo. Los valores son referencias para las crisis, no para cambiarlos cuando estas llegan.

*Federico Aznar Fernández-Montesinos  
Analista del IEEE*